



LA NOCHE INMINENTE

Marcelo Luján

Al alba, cuando llegamos a Gijón y el tren se clavó definitivamente contra los topes de hierro, una cantidad impresionante de policías nos estaba esperando como se espera lo que sólo llega una vez.

Yo no había cometido ningún delito pero algo difícil de explicar con palabras, una sensación, un malestar, aquel cosquilleo insoponible, algo que llevamos muy dentro y que sólo emerge en situaciones también difíciles de explicar con palabras, algo, no sabría qué, me había impulsado hasta la puerta del primer vagón, lejos ya de lo que había sido mi ubicación en el tren desde que salimos de Madrid. Y en mi cabeza, durante todos esos minutos, con el Estrella avanzando a paso de hombre hacia su destino final, vislumbrando a lo lejos las primeras luces de lo que ya era

Gijón, del amanecer cuando todavía se debate con la noche y el cielo se torna de un color que nunca es del todo preciso, en mi cabeza, a los tumbos, la idea de que yo no había hecho nada malo comenzaba a ser una realidad tangible y alentadora.

No sabría decir en qué momento apareció el primer policía pero sí que enseguida apareció el segundo y el tercero y el quinto y el vigésimo y según el tren se adentraba definitivamente en la estación y sus andenes, de pronto, todo era eso: policías con sus gritos y sus órdenes y sus perros.

En el interior del vagón algunos pasajeros despertaban y otros, ya despiertos y expectantes, miraban por las ventanillas sin entender muy bien a qué se debía semejante despliegue policial. Habíamos viajado todo lo que dura la noche y los interminables vago-

nes del Estrella Costa Verde ‘estuve en todos, en algún momento de la madrugada, cuando el desenlace era ya inminente’, siempre oscuros o teñidos de ese color, se presentaban como pequeños desiertos en donde apenas se veían asientos ocupados de tanto en tanto. Para decirlo en otras palabras, no viajaba mucha gente que digamos y la policía, se me ocurre, tuvo ante sí el operativo más sencillo de los que tenga memoria: un tren lento y esperado yendo hacia la última estación, yendo hacia un callejón sin salida.

Cuando el convoy detuvo definitivamente la marcha y el motor de la locomotora soltó el soplo final, en ese momento, comenzó a producirse el asalto por todos los sitios, puertas y recovecos en donde uno dirigiera o imaginara dirigir el hilo de la mirada. Sé que intenté tranquilizarme, convencerme de que la cosa no iba conmigo, bajar pacíficamente del tren, hacerme invisible si fuera necesario. Pensar en Cristina: en sus manos, en sus ojos claros, en las partes prohibidas de su cuerpo que sólo había visto una vez. Pero mi cerebro estaba negado a aceptar que yo no había hecho nada malo, nada que toda esa policía pudiera utilizar en mi contra, y no hubo modo de evitar la angustia.

Como si el futuro estuviera escrito en la portada de cualquier pasquín, o como si algún ente misterioso me hubiera advertido de lo que iba a ocurrir ni bien entrara el Estrella en la estación de Gijón, aproveché el desconcierto generalizado de los pasajeros y me escabullí por la puerta sin siquiera dudarlo. Y seguí escabulléndome por la planicie del andén, con mi pequeña maleta de ruedas, entre la gente y los policías y los perros de policía y los ladridos de éstos —más las voces u órdenes de aquéllos—, apurando el paso para llegar de una buena vez hasta el vestíbulo. Llegué, sí, y no me alcanzó la mirada para contar cuántos policías más había, sin tener en cuenta a los sujetos vestidos de paisano que, por la cara de pocos amigos y por el apresto de su accionar, también debían ser policías. No había perros en el vestíbulo y antes de salir de ese espacio remoto fue cuando escuché los gritos de una mujer, que no podían ser

otros que los de Mafalda, y entonces miré por encima del hombro porque gritaba con ganas y pude corroborar que efectivamente se trataba de ella —de Mafalda: rulos y moquetes distorsionados por el forcejeo—, y vi también cómo la arrastraban entre cuatro o cinco uniformados. No estoy seguro pero juraría que detrás de ella otro grupo de policías arrinconaba a dos hombres jóvenes, que uno de ellos se cayó —o lo cayeron, que se dice— al suelo, y que el otro extendió los brazos así, hacia arriba, como si intentara impedir la que estaba a punto de caerle.

Cuando salí a la calle, el cielo asturiano era gris, todavía a medio encender por el alba, y una original humedad marina se me coló abruptamente en los pulmones. Pensé en Cristina, en que ya debería estar allí, probablemente desconcertada por el jaleo. Probablemente buscándome. Y supe que no era momento para dudas, que la llamaría por teléfono una vez me hubiera alejado de todos esos patrulleros y furgonetas y coches malamente aparcados, cuyas sirenas circulares iluminaban como faros la fachada de la estación. Me costó horrores desprenderme de Almudena en aquel puente de mayo. Habíamos discutido el lunes y también el martes y el miércoles y, si me apuran un poco, las últimas diez o quince veces que nos habíamos visto. No era que la pareja estuviera mal sino que ya no había pareja ni nada parecido. Esas cosas se saben. Y yo lo sabía. Y Almudena también lo sabía. Pero así y todo improvisó un viaje relámpago al pueblo de sus padres, en el sur, segura de que allí, como por arte de magia, habríamos de solucionar todos o buena parte de los problemas que, a cierta altura, insisto, ya no presentan solución ni esperanza.

El miércoles —día de mi partida a Gijón— no nos habíamos visto pero una comunicación telefónica de último momento alcanzó para que empezara la danza de los reproches, que a final de cuentas no influyen pero atormentan y hasta lo cansan a uno, ya que la letra de un reproche siempre es la misma, con el mismo propósito, con la misma y repetida y miserable alusión a los errores que, según el otro, claro está, alguien alguna vez cometió. Y

más me hablaba más difícil me lo ponía: creo que me llamó para intentar convencerme, definitivamente, de ir juntos al pueblo, no lo sé: su táctica fue deplorable y discutimos antes de llegar a esa hipótesis y lo único definitivo que consiguió fue que le colgara y, acto seguido, desconectara el aparato porque los reproches son la mochila pesada que nadie está dispuesto a cargar. Por eso digo que no fue fácil, por la obstinación que Almudena ponía para llevar a cabo el supuesto de la reconciliación preventiva: supuesto basado en la estupidez de pasar juntos un puñado de días festivos: supuesto que aparecía como demasiado supuesto, imposible, ilusorio, habida cuenta de que yo ya tenía todo planeado con Cristina desde hacía dos semanas, y anhelar la compañía y los muslos o la boca de una asturiana como Cristina durante dos semanas, lejos está de ser poca cosa.

Lo cierto fue que para poder llegar a Gijón el jueves a primera hora y aprovechar los cuatro días del puente junto a Cristina, no tuve más alternativas que sacar un billete en el Estrella Costa Verde, unos de esos trenes que la empresa ferroviaria hace circular de madrugada para que nadie o pocos vean cómo se las gasta. El Estrella, en rigor, sale de Chamartín a eso de las diez y media de la noche y tarda todo lo que puede y aún más y se detiene, para variar, en todos los pueblos, puebluchos, terruños y comarcas existentes en su lento y cansino peregrinaje. No he visto a nadie subir ni bajar en ninguna de las tantas obsoletas paradas que hace porque muchas de esas paradas las hace, créase o no, en medio de la nada. Nunca, en mis veintinueve años de vida, me había montado en el Estrella —y os aseguro que no lo volveré a hacer— pero en aquel puente de mayo de 2005, engeguado por el recuerdo de Cristina boca arriba, habría cruzado el Puerto de Pajares a lomo de mula con tal de aprovechar cada uno de los minutos que habíamos planeado pasar juntos.

¿Cuánto estuvo Almudena dándome la lata por teléfono en aquel jueves de mayo? ¿Media hora? Tal vez más. Más de media hora de reproches en la habitual pérdida de tiempo que consiste en insistir con lo que no tiene

remedio. También yo suelo perder el tiempo de un modo más o menos constitutivo en todas y cada una de mis actividades. Por todo esto, tuve la certeza de llegar tarde a la estación, de perder el tren, de alargar un día el ansiado reencuentro con Cristina. Las manos empezaron a temblarme y cogí un taxi.

Como si el tiempo no hubiera transcurrido en realidad, aparecí de pronto en Chamartín, con mi pequeña maleta a cuestas, apurando un café y también bajando las escaleras que llevan a la vía 16 —excitado porque la hora es el permanente reproche de todos nuestros días— y entonces subí al vagón y mientras buscaba el asiento y avanzaba por el pasillo del Estrella pensé que en Chamartín cualquiera sube al tren en un plis plas y con lo que le dé la gana dentro del equipaje.

La primera sorpresa fue que mi lugar, léase 78p, estaba ocupado o eso intuí al ver un abrigo de mujer echado sobre el asiento. Miré a ambos lados del pasillo pero sólo había gente sentada o entregada a los primeros albores del sueño. Aproveché el tirón para colocar la maleta ahí arriba y sin abandonar el envión de las acciones me senté en el 77v, que no era mi asiento sino el de la dueña del abrigo, esa mujer que iba yo a conocer en breve, que apareció por el fondo del pasillo cuando el tren estaba dando los primeros tirones y el andén ya era desvanecimiento, algo que pasa, que pasa para siempre, como cada uno de los andenes que pisamos alguna vez y que ya no tienen lugar en nuestra memoria.

Debo decir que la mujer del abrigo en mi asiento era el vivo retrato de Mafalda: por la estatura, por los ojitos y los mofletes y la blancura de su piel, por el enjambre de bucles negros recortados a modo de casco o yelmo.

Mafalda, entonces, al ver mi intención de cambiarme súbitamente de sitio, esforzó una mueca y con la mano en alto me dijo que no me molestara, no, no, me dijo, no te molestes, puedes quedarte allí, da igual. Y yo se lo agradecí, gracias, le habré dicho sin más, puesto que siempre preferí viajar junto a una ventanilla. Mafalda bajó la mano y borró la mueca sin contestar nunca a mi agradecimiento, más bien acomodó el abrigo a un costado y

se sentó. Pude ver que llevaba un bolso pequeño colgado del hombro, muy lleno, y que al sentarse no se lo quitó: se lo pasó al otro hombro, lado izquierdo, como si mi presencia o cercanía fuera a ser más peligrosa que la circulación normal del pasillo de un Estrella atravesando de madrugada la meseta castellana. El movimiento fue rápido y mientras ella se meneaba en el asiento, no sé por qué me puse a hojear un periódico que encontré donde uno debe colocar los pies, tal vez quise quitarlo de donde estaba y luego no supe qué más hacer cuando lo tenía entre las manos. Sospecho que nunca sabremos por qué cometemos ciertas torpezas. En fin. Estaba yo naufragando en la torpeza o mirando —sin ver— la cartelera de cine cuando Mafalda se colocó unos auriculares del tipo invisibles, metió la mano en el bolso y en seguida comenzó el sonido latoso que desprenden ciertos ruidos poco musicales. La miré como si ella tuviera alguna culpa de mi fanatismo por el silencio.

No tardó mucho en aparecer el revisor: nos pidió los billetes y mientras los picaba observó los números que estaban debajo del equipaje: volvió a mirar los billetes, observó a Mafalda, apuntó algo en una libreta sin decir nada y se fue al asiento de adelante. Los revisores son tipos curiosos. Guardé el billete y me recosté contra las cortinitas de la ventana. Creo que pensé en Almudena de mal modo, alejándose en dirección inversamente proporcional a la mía. Después pensé en Cristina, cómo no, en lo preciosa que es y en la maravilla en que se transforma esa preciosidad suya cuando sola, sin que uno se lo solicite, se desnuda, se suelta el pelo y, echada boca arriba, espera.

El Estrella se internaba de a poco, con el esfuerzo de una cuña, en la profundidad inminente de la noche.

Llevábamos tal vez una hora y media de viaje cuando definitivamente se apagaron las luces del vagón. La oscuridad de dentro, la inmediatez que genera cualquier oscuridad, era el resumen de lo que estaba ocurriendo fuera. Quise cerrar los ojos con el propósito de dormirme y casi logro la evasión pero Ma-

falda se levantó bruscamente del asiento —lo haría muchas veces más (ya veréis al calor de qué sudores)—, apretó el bolso con la axila, observó el abrigo que dejaba en el asiento y enfiló por el pasillo hasta perderse más allá de la puerta que separa la cabina del cubículo de los servicios o de lo que sea que haya entre vagón y vagón. Era un personaje raro y al irse la escruté tanto que seguí su andar por la recta del pasillo y entonces vi que le quedaba bastante pequeño el bolso porque sobresalía demasiado y no conseguía contenerlo en la cavidad de la axila. No le di importancia y volví a cerrar los ojos pero esta vez no fue tiempo suficiente porque Mafalda regresó como si en el servicio —o donde fuera que haya ido—, no hubiera hecho más que contar hasta veinte. Pensé que se trataba de una loquita de ésas que uno se cruza de vez en cuando, que no hacen más que llamar la atención con sus atuendos y sus conductas inesperadas: y que molestan como los reproches aquellos. En una hora fue y vino tres o cuatro o cinco veces.

Decidí volver a Cristina, a su recuerdo, a que estaría junto a ella en las primeras horas de la mañana. A Cristina con sus ojitos de niña y su pelo derramado sobre la almohada. Decidí abstraerme con ese detalle repetido en mi memoria. Pensar en aquella primera vez, en la única vez, dos meses atrás, cuando viajé a Gijón para ofrecer en el Mercado Sur la nueva selección de vinos que mi jefe se empeñaba en decir que eran de la más alta calidad, omitiendo, entre otros detalles, que la uva venía de Rumanía. Por supuesto, en el Mercado Sur fracasé. Quién pudiera advertir el futuro. Quién pudiera decir que un anodino viaje de trabajo —de un insignificante comercial como yo— me habría de regalar el fortuito encuentro con ella. Primero el fracaso de la venta, después el regalo de Cristina. Por culpa del fracaso comercial, casi me quedo en el hotel esa noche. Pero algo, una fuerza difícil de explicar con palabras, ya sabéis, me llevó a salir a dar un paseo que acabó en el puerto deportivo, y allí me senté a fumar, a hacer lo que más me gusta en esta vida: nada. Y allí estaba Cristina, sin mechero, con aquella luz que le sale

de los ojos claros. Allí estaba ella y hacia allí fui yo. Y ahora iba, otra vez, hacia ella. Montado en ese tren lento y exasperante, con una compañera de viaje que no dejaba de moverse, de fastidiarme, de ir y venir del servicio como una sombra en medio de la oscuridad.

Fue imposible conciliar el sueño. Creo que en un momento casi lo consigo pero Mafalda volvió a irse y también volvió a regresar en muy poco tiempo, una y otra vez. La verdad es que lo hizo cada quince o veinte minutos, luego cada diez, luego a cada rato, como si estuviera yendo y viniendo sin más ni más. Cada vez que se sentaba, reacomodaba un poco el abrigo que había puesto entre los dos asientos, zarandeaba el culo como si tuviera o llevara hormigas en las bragas, y se colocaba los auriculares con ambas manos. Una y otra vez, sistemáticamente. La última vez que volvió, a eso de las cinco, vi con claridad que el bolso ya no hacía el bulto de antes. No es difícil darse cuenta de eso, sobre todo si de refilón, al pasar por un pueblo o cruce o camino iluminado por el neón amarillento, un resplandor esclarecedor te permite comprobarlo por casualidad. Y luego la acción de colocarse el bolso —vacío o semi vacío— en su regazo, como si ya no hiciera falta alejarlo de unas supuestas manos timadoras.

El Estrella, su traqueteo de chunchún-chunchún, atravesaba sin prisas la soledad de la madrugada.

La intriga es, se me ocurre, un algo que nos revuelve el estómago. ¿Qué había dejado Mafalda en ese último viajecito de quita y pon? Si no era nada importante, ¿por qué no lo hizo antes? ¿Por qué tanto esperar, tanto escrutinio descompensado y fugitivo?

La intriga nos despabila como pocos cándores lo hacen.

Entonces esperé sentado, estaba seguro de que algo había dejado o descartado en el fondo del vagón. Y vaya si tuve razón.

Y esperé unos minutos a ver si ella volvía a levantarse con la asiduidad con que lo hacía antes, es decir todo el bendito viaje.

Y esperé.

Y Mafalda no volvió a moverse: seguía despierta al son de latas y sintetizadores pero no

se levantaba. La intriga, en ese momento, lo era todo en mi cabeza.

Había tomado ya la firme determinación de ir al baño. Antes de ello miré por la ventanilla y me consolé vislumbrando las estrellas pegadas contra el azul negro de la noche. Pensé en el nombre o modelo del tren, en lo vulgares y hasta poco creíbles que pueden resultar las metáforas cuando se las permiten los que no nacieron para tal disfrute: yo, por ejemplo, o Mafalda: una extraña chica que sin quererlo hizo todo lo posible para que yo descubriera los dos paquetes que dejó escondidos en el baño —vaya uno a saber por qué—, debajo del lavabo, dentro de un pequeño nicho donde había una manecilla que sólo Dios y el revisor sabrán qué irrisoria función cumplía.

Al entrar al servicio empecé a observar detenidamente todo: los recovecos del techo y las imperfecciones de las paredes, hurgué en la inmundicia de la papelera y eché un par de vistazos detrás del retrete. No hay casi espacio para figonear en este tipo de sitios. Por eso lo encontré inmediatamente. Debajo del lavabo, luego de abrir una puertecita de acero inoxidable que alguien había tratado de precintar con un alambre. Se trataba de dos paquetes de algo más de una cuarta, de peso considerable, puestos uno sobre el otro horizontalmente. Con cautela, —no vaya a ser—, retiré el botín y enseguida supe que el paquete de abajo era más grande o estaba deformado o su contenido era diferente al del primero. Los dejé en el suelo. Nunca lo sabré pero es muy probable que fuera ella, Mafalda, quien golpeó la puerta de pronto. Me sobresalté y le di al botón del grifo. Ocupado, dije. Nadie me respondió. Volví a agacharme, a observar los paquetes que aparecían envueltos, como si fuesen bocadillos, en papel Albal. No quise abrirlos porque con sólo palparlos entendí de qué se trataba. Sin embargo, el segundo, en uno de los extremos, contenía algún elemento que no cedía de igual modo a la presión de mis dedos: era más blando. Me decidí a hacerle un pequeño corte con lo primero que encontré, a saber, las llaves de casa, la del buzón, que sugería más y mejor filo. Entonces vi el fajo de dinero y más allá, la textu-

ra blanca inconfundible que antes había palpado yo con tanta certidumbre. Eran billetes grandes, de doscientos, una buena cantidad, tal vez cincuenta, pensé en ese momento y volví a cerrar el paquete.

Dejé todo como estaba. Apoyé las manos en el lavabo y me mojé varias veces la cara sabiendo que Mafalda iba a estar muy pendiente ahora de mí. Y que la única manera de que el zarpazo no tuviera fisuras era resolviéndolo a último momento, es decir, regresando al servicio una vez hubiéramos pasado la última parada —en realidad fue más adelante—, de modo tal que el tiempo que tardara yo en hacer mi trabajo, más lo que tardara en recorrer todo el tren hasta llegar a la puerta de salida más lejana a Mafalda, fuera exactamente lo que tardara el convoy en llegar a Gijón.

Al salir del servicio, un tipo escuálido, en chándal y con perilla, estaba esperando para entrar. Mantuve la puerta abierta a modo de cortesía pero el tipo se metió de mala manera, creo que hasta me miró de mala manera. Confieso que en ese momento, algo confundido por la situación, pensé cualquier cosa. Sin embargo, al acercarme a mi asiento, Mafalda —qué parecida era—, por primera y última vez, me clavó la mirada como hacía mucho tiempo no lo había hecho ningún otro ser humano. Me sale bien hacerme el imbécil y bajo ese talante esgrimí una tímida solicitud de permiso y me senté. Mafalda se quitó los auriculares y asomó la cabeza por el pasillo. Se quedó así un instante, como si pudiera ver a través de los parapetos del Estrella. Dicen que la oscuridad agudiza la vista. Tal vez había demasiada oscuridad en aquel vagón —o realmente la intriga es un algo que nos revuelve las vísceras— porque Mafalda se levantó como un flash y avanzó con el apuro que no había demostrado en todas sus idas y venidas anteriores. Estiré un poco el cuello, con discreción, y pude ver cómo ella esperaba junto a la puerta del baño, ansiosa, la salida del tipo escuálido. Habíamos pasado el Puerto de Pajares y no había ya estrellas contra el cielo plomizo de Asturias. Después miré el reloj, calculé lo que faltaba para llegar y nunca tuve tan claro cómo debía proceder en la próxima hora de mi vida.

Cuando el Estrella Costa Verde entró por fin en Gijón —quién lo hubiera dicho—, medio centenar de policías y sus respectivos caninos encocados o adictos estaban esperando a Mafalda y compañía como quien espera lo que sólo llega una vez. Cristina me dijo que probablemente los vendrían siguiendo desde Madrid luego de algún chivatazo certero. También me confesó que nunca había visto en su ciudad tanta pasma junta, y que una vez no sé qué del Sporting pero que ni así se podía comparar, y que ella, asturiana y todo, no daba crédito a que hubiera en su tierra semejante ejército de uniformados, que la secreta no sé cuánto, y que seguramente la policía nacional esto y aquello.

Salir de la estación ileso fue, recuerdo, todo lo que quise en aquel momento. Durante el tiempo que tardé en escapar de la estación me repetía para mis adentros algo así como solamente has cogido el dinero, gilipollas, que no pasa nada, tranquilo, no pasa nada, sigue caminando, que la pasta nunca dejará de ser papel pintado que cualquiera puede llevar encima sin tener que dar demasiadas explicaciones de su procedencia.

Sí, tal vez me dijera a mí mismo, mientras atravesaba el tumulto, alguna otra tontería como que los billetes podrían estar marcados o cosas por el estilo pero me consolaba con la idea de que yo no había hecho nada malo, que después de todo, vaya uno a saber cuál era el destino de ese dinero y, peor aún, cuál el origen.

También Cristina estaba en alguna parte del aquel tumulto pero no era buena idea que nos encontráramos allí. Por eso me escabullí definitivamente. Por eso desaparecí como un fantasma. Creo que volví a tener suerte y pude mezclarme con facilidad entre la gente para pasar más o menos inadvertido y escapar de una vez por todas de la excitación policial. Al salir de la estación, cuando los pulmones se me llenaron con ese aire marino que las ciudades costeras no pueden ‘o será que no quieren’ ahuyentar, tampoco me dio la vista para contar cuántos policías más había y entonces me iluminó la Providencia u otra institución secular más moderna o verídica

y empecé a caminar orientado por la misma fuerza que guía a las brújulas, apeado a la pared primero, siempre con la fortuita ayuda del gentío y quién sabe si también del descontrol general.

Cuando la estación y sus alrededores quedaron atrás, me refiero a cuando no es tiempo todavía para nada, me detuve en una esquina como si de verdad hubiera decidido mi futuro en aquellos pasos furtivos. Crucé una calle por donde no se debe y luego otra y otra y entonces divisé el horizonte ese que nunca se puede ver en la meseta: divisé el mar. Sospecho que fue en ese momento cuando solté la maleta por primera vez desde mucho antes de que el tren detuviera definitivamente la marcha, y también respiré profundo como quien se salva de todos los males o eso creo recordar que quise hacer mientras pensaba que con todo el dinero que me había caído del cielo, podría invitar a Cristina a comer y a cenar, todos los días si nos diera la gana, y en los mejores restaurantes de la ciudad.

Y debió ser cuestión de alguna de esas prácticas majaderas como la telepatía porque con

sólo pensar en que Cristina debía estar aún en la estación, esperándome, preocupada por mi ausencia, con sólo pensar en sacar el móvil de mi bolsillo para llamarla... Cristina ya estaba llamándome y preguntándome dónde coño me había metido, que en la estación se había montado un follón que no veas, que en ese preciso momento, mira, mira, están sacando a una tía maniatada —esposada tal vez haya dicho Cristina—, y yo respondí que ya lo sabía, que no se preocupara, que la esperaba a la entrada del puerto deportivo, frente al hotel Don Manuel, exactamente en el banco en que ella había estado sentada la noche en que nos conocimos. Y ella, poco menos que sorprendida, después de un breve silencio, me contestó que no me moviera de allí, vale, me contestó, voy ahora mismo a por ti. No recuerdo si logré darle a la tecla roja que corta la comunicación o simplemente guardé el aparato sin siquiera atinar a cortar porque en ese momento comenzó a caer un fino y después no tan fino y de pronto descomunal chaparrón de primavera que, en la ciudad donde nació Cristina, siempre es como un cordial saludo de bienvenida. ■